

vulsivos, que parecían arrancarle el corazón, se inquietó y se inclinó.

—Hijo mío, calmaos, levantaos...

Pero los sollozos continuaban desbordándose, llevándose toda razón y todo respeto en el lamento del alma trastornada, con el sufrimiento de la carne que sufre y agoniza.

—Levantaos, hijo mío, que eso no es conveniente; sentaos ahí...

Y con un gesto de autoridad le invitó á que se sentase.

Con trabajo se puso Pedro en pie y se sentó para no caer. Apartó el cabello de la frente y enjugó con las manos las abrasadoras lágrimas, con aire extraviado, tratando de coordinar sus ideas y no pudiendo comprender lo que acababa de suceder.

—Hicisteis un llamamiento al Santo Padre ¡ah! sí, por cierto, y podéis estar convencido de que mi corazón está lleno de compasión y de lástima hacia los desgraciados; pero no está ahí la cuestión, sino que se trata de nuestra santa religión... He leído vuestro libro, que es por cierto un libro muy malo, os lo digo en seguida y sin rodeos, el más peligroso y el más condenado de todos los libros, precisamente por sus cualidades, por lo brillante de algunas de sus páginas, que á mí mismo me han interesado. Sí, con frecuencia me sedujo y no habría continuado su lectura á no sentirme como arrebatao por el soplo ardiente de vuestra fe y de vuestro entusiasmo, ¡era un tema tan interesante y que me apasionaba tanto! «La nueva Roma!» ¡ah! ¡Sin duda podía hacerse un libro con ese mismo título, pero con un espíritu diametralmente opuesto al que informa el vuestro... Creéis haberme comprendido, hijo mío, haberos compenetrado con mis escritos y mis actos, hasta el extremo de no hacer más que expresar mis ideas más queridas! ¡No! ¡No me comprendisteis y fué por eso por lo que quise veros para explicároslo y convenceros!

Mudo é inmóvil era Pedro el que entonces escuchaba, y sin embargo, no había ido allí más que para defenderse. Deseaba con fiebre, desde hacía tres meses, que se celebrase aquella entrevista, preparando sus argumentos y creyéndose seguro de la victoria, y oía tratar su libro co-

mo á obra peligrosa, condenable, sin contestar, sin protestar con todas las buenas razones que ideó y que creyó eran irresistibles. Una laxitud extraordinaria se apoderó de él, como agotado por un acceso de lágrimas. Pasado un momento, tendría ánimo y diría lo que había resuelto decir.

—¡No me comprenden! ¡No! ¡No me comprenden!—repitió León XIII con aire de irritada impaciencia.—En Francia, sobre todo, es en donde parece increíble que cueste tanto trabajo hacerme comprender... El poder temporal, por ejemplo, ¿cómo es posible que creáis que la Santa Sede transigirá nunca acerca de ese extremo? Ese lenguaje es indigno de un presbítero; es la quimera de un ignorante que no se da cuenta de las condiciones en que el papado vivió hasta aquí y en las cuales debe continuar viviendo si no quiere desaparecer del mundo. ¿No veis que lo que decís es un sofisma cuando declaráis que está tanto más elevada cuanto más se desprende de los cuidados de su realeza terrestre? ¡Ah! Sí, una hermosa obra de imaginación, esa pura realeza espiritual, la soberanía por la caridad y el amor! Pero ¿quién nos hará respetar? ¿Quién nos hará la limosna de una piedra para descansar nuestra cabeza si algún día nos expulsan y tenemos que andar errantes por esos caminos? ¿Quién asegurará nuestra independencia cuando estemos á merced de todos los Estados? ¡No! ¡No! ¡Esta tierra de Roma es nuestra! Y lo es porque la hemos recibido en herencia de la larga línea de antepasados y es el suelo indestructible, eternal, en el que se edificó la Santa Iglesia, de modo que abandonarlo sería querer el derrumbamiento de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana. Aparte de esto, no podríamos tampoco hacerlo, atados como estamos por nuestro juramento con Dios y con los hombres.

Se calló un momento para dar tiempo á Pedro para que pudiese replicarle; pero éste experimentaba un estupor tal, que no podía decir nada porque se apercibió de que el papa hablaba como él debía hacerlo. Las cosas confusas y pesadas amasadas en él, cuyo estorbo había sentido poco antes en la antecámara secreta, se iluminaban entonces poniéndose en claro, precisándose con una claridad cada vez mayor. Era, desde que llegó á Roma, todo lo que había visto ó comprendido, el amontonamiento de sus des-

flusiones, de las realidades existentes, bajo las cuales su ensueño de regreso al cristianismo primitivo estaba medio muerto, aplastado ya.

Acababa de acordarse bruscamente de la hora en que, hallándose en la cúpula de San Pedro, se consideró como un imbécil con sus ideas de un papa puramente espiritual enfrente de la antigua ciudad de gloria obstinada en conservar su púrpura. Aquel día huyó del furioso grito de los peregrinos del dinero de San Pedro que aclamaban como energúmenos al papa-rey. La necesidad del dinero, esa última esclavitud del papa, la aceptó; pero todo se derrumbó en seguida cuando se le presentó la verdadera Roma, la ciudad secular del orgullo y de la dominación en la que el papa no podía vivir sin el poder temporal. Muchos lazos, el dogma, la tradición, el medio en que se movía, el suelo mismo la hacían para siempre inmutable. No podía ceder más que en cosas de apariencia, y había de llegar una hora en que sus concesiones no siguiesen más adelante ante la imposibilidad de ir más allá sin suicidarse. La nueva Roma no se realizaría algún día más que fuera de la antigua Roma y lejos de ésta, y allí únicamente se despertaría el cristianismo, porque el catolicismo moriría en su sitio, cuando el último de los papas, sujeto á esa tierra de ruinas, desapareciese bajo el postrer crujido de la cúpula de San Pedro, que se hundirá como antes se hundió el templo de Júpiter Capitolino.

En cuanto al papa de hoy en vano estaba sin reino y tenía la fragilidad propia de su edad avanzada, la exangüe palidez de un antiguo ídolo de cera, pero no por eso dejaba de sentirse inflamado por la roja pasión de la soberanía universal, no por eso dejaba de ser el hijo obstinado del antepasado, del *Pontifex Máximus*, del *César Imperator* por cuyas venas circulaba la sangre de Augusto, dueño del mundo.

—Habréis visto cuán grande es el deseo de unidad que siempre nos ha dominado,—añadía León XIII,—y que nos hemos considerado realmente dichosos el día en que hemos unificado el rito imponiendo el rito romano al catolicismo entero. Es esta una de nuestras victorias más apreciadas, porque puede influir mucho en favor de nuestra autoridad. Y confiamos en que nuestros esfuerzos en

Oriente acabarán por atraernos á nuestros hermanos extraviados de las comuniones disidentes, del mismo modo que no desesperanzamos de convencer á las sectas anglicanas, sin hablar de las sectas protestantes que se verán obligadas á volver al seno de la Iglesia única, la Iglesia católica, apostólica y romana, cuando se cumplan los tiempos que predijo Cristo; pero lo que no dijisteis, es que la Iglesia no puede abandonar nada del dogma. Al contrario, parece como que creéis que es posible una inteligencia, y que de una y otra parte se harían concesiones, y este es un pensamiento condenable y un lenguaje que un presbítero no puede emplear sin hacerse criminal. No, no hay nada de eso; la verdad es absoluta y no se cambiará ni una sola piedra del edificio. ¡Ah! ¡En la forma, todo lo que quieran! Estamos dispuestos á llegar hasta la conciliación más grande, y no se trata más que de sortear ciertas dificultades, de ponerse de acuerdo acerca de los términos para que el acuerdo sea más hacedero y fácil... Y esto es como nuestro papel en el socialismo moderno: es preciso entenderlo, fijándose bien en lo hecho. Es muy cierto que esos que llamasteis los desheredados del mundo, son objeto de nuestra preferente atención y solicitud. Si el socialismo es esencialmente un deseo de justicia, una voluntad constante de acudir en auxilio de los débiles y de los que sufren, ¿quién se preocupa más que Nos y trabaja con más energía? ¿Es que la Iglesia no ha sido siempre la madre de los afligidos, la auxiliadora y la bienhechora de los pobres? Estamos por todos los progresos razonables, admitimos todas las formas sociales nuevas que puedan contribuir á la paz y á la fraternidad... pero Nos no podemos por menos de condenar el socialismo que empieza por expulsar á Dios y querer asegurar la dicha de los hombres á costa de esto. Esto es esencialmente un estado de salvajismo, un abominable retroceso hacia atrás, en el que no se producirán más que catástrofes, incendios y matanzas. Y esto es lo que no habéis dicho aún con bastante fuerza, porque no demostrasteis que se podía verificar un progreso cualquiera fuera de la Iglesia, que es en suma la única iniciadora, la única guía á la que está permitido abandonarse sin temor. Hasta, y en esto consiste también vuestra falta, parece que ponéis á Dios aparte, que la religión no

es para vos más que un estado de alma, una florescencia de amor ó de caridad en la que basta hallarse para tener la salvación. Herejía execrable es esa, porque Dios está siempre presente, como soberano de los cuerpos y de las almas y la religión sigue siendo el lazo, la ley, el gobierno mismo de los hombres, sin lo cual no podría haber en este mundo más que barbarie y condenación en el otro... Y una vez más: la forma importa muy poco; basta que el dogma siga. Por nuestra adhesión á la República de Francia se prueba que no queremos unir la suerte de la religión á una forma de gobierno determinada, aunque sea augusta y secular. Si las dinastías cumplieron sus años de existencia, Dios en cambio es eterno, ¡perezcan los reyes y que viva Dios! Además de esto, la forma republicana no tiene nada de anticristiana, sino que por el contrario, parece que es como un despertar de esa comunidad cristiana de que habláis en páginas verdaderamente elocuentes. Lo peor es que la libertad se convierte muy pronto en licencia y que nos recompensa mal nuestro deseo de conciliación... ¡Ah! ¡Qué libro más dañino habéis escrito hijo mío, y esto con las mejores intenciones del mundo, quiero creerlo así, del mismo modo que vuestro silencio es la prueba de que empezáis á entrever las desastrosas consecuencias de vuestra falta!

Pedro seguía callándose anonadado y comprendiendo que, en efecto, sus argumentos caían uno á uno como ante una roca sorda y ciega impenetrable, en la que era tarea risible é inútil el querer hacerlos entrar. ¿A qué trabajar si no penetrarían? No tenía más que una preocupación; se preguntaba con sorpresa cómo un hombre de tan clara inteligencia, de tanta ambición, no se había formado del mundo moderno una idea mucho más perfecta y sobre todo más exacta. Evidentemente, se comprendía que estaba enterado, informado de todo, curioseándolo todo y que tenía en la cabeza el mapa de la cristiandad, con las necesidades, los actos, las esperanzas todo lúcido y claro en medio del complicado andamiaje de sus luchas diplomáticas ¡y sin embargo cuánto hueco! La verdad era que no debía conocer la sociedad más que por lo que viera durante su corta permanencia en la nunciatura de Bruselas. Tras ésta venía su episcopado en Perusa en el que no se

mezcló con la vida de la joven Italia naciente. Y desde hacía dieciocho años que se encontraba encerrado en el Vaticano y aislado del resto de los hombres no comunicándose con los pueblos más que por medio de los que le rodeaban que, á veces eran los menos inteligentes, los más embusteros y los más traidores.

Y, aparte de esto, era presbítero italiano, gran pontífice, supersticioso y despótico, hallábase atado por la tradición, sometido á las influencias de medio y de raza, cediendo á las necesidades de dinero y á las políticas; esto sin hablar de su inmenso orgullo, de la certidumbre de ser el Dios al que todos debían obedecer; el único poder legítimo y razonable de la tierra. De ahí las causas de deformación fatal, el extraordinario cerebro que debía tener con sus errores, sus dudas, entre tantas admirables cualidades, la compresión viva, la voluntad paciente, el esfuerzo que generaliza y obra; pero la intuición sobre todo parecía maravillosa; por qué ¿no era ésta, pero ésta sola, la que le hacía adivinar dentro de su voluntario encierro y desde lejos la enorme evolución de la humanidad de hoy día? Tenía también la clara conciencia del tremendo peligro en medio del cual se bañaba, con ese mar ascendente de la democracia, de ese océano sin límites de la ciencia y que amenazaba sumergir el estrecho islote en el que triunfaba aún la cúpula de San Pedro. Y no podía dispensarse de asomarse á la ventana, las voces de afuera atravesaban los muros y le llevaban el grito del nacimiento de nuevas sociedades.

Y toda su política partía de ahí, no había tenido más tarea que la de vencer para reinar: si quería la unidad de la Iglesia era para hacerla más fuerte, inexpugnable para el asalto que preveía. Si predicaba la conciliación cediendo con todo su poder en las cuestiones de forma, tolerando las audacias de los obispos de América, era por el gran miedo que sentía, y que no quería confesar, de que se deslocase la Iglesia, que se suscitase bruscamente un cisma que habría precipitado el desastre. ¡Ah! ¡Ese cisma debía comprender que estaba en el aire venido de los cuatro puntos del horizonte tal cual una amenaza próxima, un peligro inevitable de muerte contra el cual era necesario

armarse de antemano! ¡Cómo ese temor servía para explicar su regreso de ternura hacia el pueblo, su preocupación del socialismo, la solución cristiana que ofrecía á las miserias de aquí abajo!

Puesto que César estaba caído, ¿no se hallaba de hecho resuelta la antigua contienda de que á quien pertenecía el pueblo si á él, ó al papa, una vez que éste era el único que quedaba en pie y que el pueblo, el gran mudo iba al fin á hablar y poderse entregar á él? En Francia se había intentado la experiencia; abandonaba á la monarquía vencida y reconocía la República y la soñaba fuerte, victoriosa, porque la consideraba siempre como la hija mayor de la Iglesia, la única nación católica bastante fuerte aun, para que tal vez un día pudiese restaurar el poder temporal de la Santa Sede. Reinar, reinarse por Francia ya que le era imposible reinarse por Alemania! ¡Reinarse por el pueblo, puesto que el pueblo había llegado á ser el amo y el dispensador de los tronos! ¡Reinarse por la República italiana, si esta República, única que podía devolverle á Roma arrancándosela á la casa de Saboya, era una república federativa que hiciese del papa el presidente de los Estados Unidos de Italia, mientras llegaba á serlo de los Estados Unidos de Europa! ¡Reinarse á pesar de todo, contra todo, pero reinarse sobre el mundo como reinara Augusto, cuya sangre dominadora era la única que sostenía á aquel anciano expirante, obstinado en su dominación!

—Y, por último, hijo mío,—siguió diciendo León XIII,—el crimen está también en haberse permitido pedir una religión nueva. Eso es impío, blasfematorio, sacrilego. No hay más que una religión, y ésta es nuestra santa religión católica, apostólica, romana... fuera de esa religión no habrá más que tinieblas y condenación... Paréceme que es al cristianismo al que pretendéis volver, pues, el error protestante, tan culpable, tan nefasto, no tuvo otro pretexto. En cuanto uno se aparta de la estricta observación de los dogmas, del respeto absoluto de las tradiciones se cae en los más horribles precipicios... ¡Ah! ¡El cisma! ¡Ah! ¡El cisma! Ese, hijo mío, es un crimen imperdonable, es el asesinato del verdadero Dios, la bestia de inmundicia tentación suscitada por el infierno para la pérdida de los fieles. Aun cuando no hubiese más que esas palabras de reli-

gión nueva en vuestro libro, sería necesario destruirlo, quemarlo, como si se tratase de un veneno letal para las almas.

Y así siguió hablando durante mucho rato aun, y Pedro se acordó de lo que le había dicho don Vigilio, de esos jesuitas tan poderosos en la sombra, que en el Vaticano, lo mismo que fuera de éste, gobernaban soberanamente la Iglesia. ¿Sería verdad que aun contra su mismo deseo y por muy imbuído que creyese estar en la doctrina de Santo Tomás, ese papa político, de un oportunismo siempre alerta, era uno de los suyos, un instrumento docil en sus hábiles manos de conquista social? También él pactaba con el siglo, iba al encuentro del mundo y consentía en halagarle para poseerle. Pedro no había comprendido nunca tan cruelmente como entonces, que la Iglesia había llegado hasta ese extremo, á tener que vivir de concesiones y de diplomacia. Al fin tenía el concepto claro de ese clero romano, tan difícil de comprender en un principio para un presbítero francés, de ese gobierno de la Iglesia representado por el papa, sus cardenales, sus preladados á los que Dios en persona dió el encargo de administrar aquí bajo sus dominios, á los hombres y á la tierra. Empiezan por poner á Dios á un lado, en el fondo del tabernáculo, no tolerando que se le discuta, imponiendo los dogmas como las verdades de su esencia, pero ellos no se embarazan con él ni se entretienen tampoco en demostrar su existencia con vanas discusiones teológicas.

Indudablemente existe, puesto que gobiernan en su nombre y esto basta. Desde luego son los amos en nombre de Dios, consintiendo únicamente en firmar los concordatos, pero procurando no cumplirlos, y no plegándose más que ante la fuerza, reservando siempre su soberanía que un día triunfará. En espera de ese día obran sencillamente como diplomáticos, organizan lentamente la conquista como funcionarios del Dios triunfante de mañana, y así la religión no es más que el homenaje público que le rinden con el aparato y la magnífica ostentación que se apodera de las multitudes, con el único objeto de hacerle reinarse sobre la humanidad admirada y conquistada, ó mejor, para reinarse en su lugar y en su nombre, puesto que son sus representantes visibles, delegados por él.

Descienden del antiguo derecho romano, y no son más que los hijos de ese vetusto suelo pagano de Roma, y si han durado tanto, si esperan durar eternamente, hasta que llegue el esperado momento en que el imperio del mundo les será devuelto, es porque son los herederos directos de los Césares envueltos en su púrpura, descendencia nunca interrumpida y vivaz de la sangre de Augusto.

Avergonzóse entonces Pedro de sus lágrimas. ¡Ah! ¡Pobres nervios suyos! ¡Qué abandonos de sentimentalismo y de entusiasmo! Experimentó una sensación de pudor lo mismo que si se hubiese mostrado al desnudo el estado de su alma, ¡y qué inútilmente, Dios mío, en aquella habitación en la que jamás se había dicho nada parecido, ante aquel pontífice rey que no podía entenderle!

Esa idea política de que los papas debían reinar para los humildes y para los pobres, le inspiraba horror. ¿No sería esa la conciliación del lobo, ese pensamiento de acercarse al pueblo libre de sus antiguos amos para nutrirse á su vez? Y debía haber estado loco el día en que imaginó que un prelado romano, un cardenal, un papa, eran capaces de admitir el retorno á la primitiva comunidad cristiana, una florecencia nueva del cristianismo primitivo que sirviera para purificar á los pueblos antiguos á los que consume el rencor. Semejante concepción no debía ni aun entrar en el magín de hombres que, desde hace muchos siglos, viven como dueños del mundo, llenos de un desprecio muy grande y de completa indiferencia hacia los pequeños y los doloridos, y que, á la larga, están atacados de una impotencia total de caridad y de amor.

Pero León XIII con su gruesa voz, inapurable, seguía hablando como siempre y el presbítero oyó que le decía:

—¿Por qué habéis escrito esa página acerca de Lourdes, argumentada con tanta saña? Lourdes, hijo mío, ha prestado grandes servicios á la religión. Con frecuencia hemos manifestado á las personas que han venido á contarnos esos conmovedores milagros, casi diarios en la Gruta, nuestro vivo deseo de ver confirmados esos hechos, esos milagros, demostrados por la ciencia más rigurosa. Y, según lo que hemos leído, nos parece que hoy los espíritus malévolos, no podrán dudar más, porque los milagros se prueban en adelante de una manera científica y de una

manera irrefutable. La ciencia, hijo mío, debe ser la servidora de Dios, pues no puede hacer nada contra éste y es por El solo por quien se llega al conocimiento de la verdad. Todas las soluciones que suelen encontrarse en la actualidad, y que al parecer destruyen los dogmas, llegarán un día en que sean reconocidas como falsas, porque la verdad de Dios permanecerá victoriosa cuando se cumplan los tiempos. Estas son, sin embargo, certidumbres bien sencillas, cosas que saben hasta los niños y que bastarían para la paz y la salvación de los hombres, si éstos se quisiesen contentar con ellas... Estad convencido, hijo mío, de que la fe no es incompatible con la razón. ¿No está ahí Santo Tomás que todo lo ha previsto, explicado y reglamentado? Vuestra fe se quebrantó con los asaltos del espíritu de examen; pasasteis por esas angustias, por esas turbaciones de que el cielo tuvo á bien librar á nuestros presbíteros en esta tierra de antiguas creencias, en esta Roma santificada por la sangre de tantos mártires. Pero nos no tenemos el espíritu de examen, estudiad más, leed mucho, y á fondo á Santo Tomás y vuestra fe volverá más sólida, definitiva y triunfante.

Asustado oyó Pedro decir todas esas cosas que le producían el mismo efecto que si sobre el cráneo le cayesen pedazos del firmamento. ¡Oh, Dios de verdad! ¡Los milagros de Lourdes probados científicamente, la fe compatible con la razón, Santo Tomás bastando para la certidumbre del siglo! ¡Cómo responder! ¡Oh, Dios! ¿Y para qué responder?

—El más culpable y el más peligroso de los libros,—dijo León XIII á manera de conclusión,—es uno que tiene el título de *Roma Nueva*, que por sí solo es un veneno y una mentira; un libro tanto más condenable, puesto que tiene todas las seducciones de estilo, todas las perversiones de las quimeras generosas, un libro, en fin, que si un clérigo lo concibió en una hora de extravío, debe quemarlo en público como penitencia, con la misma mano con que escribió las páginas de error y de escándalo.

De una manera brusca, se puso Pedro en pie irguiéndose y en medio del silencio enorme que se había hecho alrededor de aquella habitación muerta y tan pálidamente iluminada, no había más que la Roma de fuera, la Roma

nocturna, anegada en tinieblas, inmensa y negra, sembrada únicamente con un polvo de astros, disponíase á gritar:

—¡Es verdad! Había perdido la fe; pero creía haberla encontrado en la compasión que la miseria del mundo inspiró á mi corazón. Erais mi última esperanza, el salvador esperado. Y todo eso no es más que un sueño; no podéis ser de nuevo Jesús, destinado á pacificar los hombres, en vísperas de la espantosa guerra fratricida que se prepara. No podéis abandonar el trono y marcharos por los caminos con los humildes y con los pobres, para hacer la obra suprema de la fraternidad. ¡Pues bien! Todo está concluido con vos, con vuestro Vaticano y vuestro San Pedro. Todo se bambolea bajo el asalto del pueblo que sube y de la ciencia que se engrandece. Ya no existís; aquí no hay más que escombros.

Pero en vez de pronunciar estas palabras se inclinó y dijo:

—Santo Padre, me someto y repruebo mi libro.

Su voz tembló á causa de un amargo hastío, sus manos abiertas hicieron como un ademán de abandono, como si hubiesen soltado su alma. Era aquella la fórmula exacta de la sumisión: *Auctor laudabiliter se subiecit et opus reprobat*, el autor se sometió loablemente y reprobó su obra. No hubo nada de una desesperación más grande, ni de una grandeza más soberana en la confesión de sus errores, en el suicidio de una esperanza; pero, ¡qué horrible ironía! Ese libro que había jurado no retirar jamás, por cuyo triunfo había luchado con tanta pasión y del que renegaba, que suprimía de un golpe, no porque le creyese culpable, sino porque acababa de comprender que era inútil y quimérico como un deseo de amante, como un ensueño de poeta.

¡Ah! Sí, puesto que se había equivocado, puesto que soñó, una vez que no encontraba allí ni al Dios, ni al presbítero que buscaba para la felicidad de los hombres, ¿á qué empeñarse en sostener la ilusión de un imposible despertar? Valía más arrojar su libro á tierra como una hoja muerta, era preferible renegar de él, amputarlo de su cuerpo como un miembro inútil en adelante sin razón ni uso.

Un poco sorprendido ante una victoria tan pronta, lanzó León XIII una ligera exclamación de alegría,

—¡Está bien! ¡Muy bien, hijo mío! Acabáis de dar una prueba de sensatez al pronunciar las únicas palabras que convienen á vuestro carácter de presbítero.

Y en su evidente satisfacción, él, que no abandonaba jamás nada al azar, que preparaba cada una de sus audiencias, con las palabras que diría, los gestos que debería hacer, se olvidó un poco, y dió muestras de una verdadera bondad. No pudiendo comprender, equivocándose acerca de los verdaderos móviles de la sumisión de aquel rebelde, gozaba de la orgullosa alegría de haberle reducido con tanta facilidad al silencio, porque los que le rodeaban se lo habían pintado como un revolucionario temible. Por esto una conversión semejante le halagaba mucho.

—Confesamos, hijo mío, que no esperábamos otra cosa de vuestro talento distinguido. Reconocer la falta, hacer penitencia, someterse, son los goces más elevados á que puede aspirar el espíritu.

Con un ademán sumamente familiar, cogió el vaso de jarabe de encima del velador, y antes de beber el último sorbo, se puso á revolverlo con la cucharilla de oro. A Pedro le chocó más que nada encontrarle, lo mismo que al principio, tan reducido, tan desprovisto de su soberana majestad, semejante á un modesto viejo de la clase media que bebía solitariamente un vaso de agua azucarada antes de acostarse. La figura, después de haberse agrandado, resplandeciendo, como un astro que sube al zénit, acababa de caer en el horizonte, á ras del suelo, en su humana medianía.

Veíale endeble, débil, con su delgado cuello de pajarillo enfermo, con su fealdad senil que hacía fuese tan difícil el retratarle lo mismo que se tratase de cuadros al óleo ó de fotografías, de medallas de oro ó de bustos de mármol, pues decían que no había que retratar al papa Peccí, sino á León XIII, al gran papa, del que tenía la ambición de dejar á la posteridad una elevada imagen. Y Pedro, que durante un momento había dejado de verlos, estaba molesto de nuevo con el pañuelo que seguía sobre las rodillas y la sotana sucia y manchada de tabaco. Y experimentaba una piedad enternecida ante tanta y tan pura vejez tan blanca; una profunda admiración por la testaruda potencia de vida que se había encerrado tras aquellos ojos tan

negros; una deferencia respetuosa de trabajador ante el desarrollado cerebro engendradora de vastos proyectos, y tan desbordante de pensamientos y acciones sin número.

La audiencia estaba terminada y Pedro se inclinó profundamente.

—Doy gracias á Vuestra Santidad por la paternal acogida que se sirvió dispensarme.

Pero León XIII quiso detenerle aún un momento hablándole otra vez de Francia, diciéndole cuán grandes eran sus deseos de verla tranquila, próspera y fuerte para mayor gloria de la Iglesia. Durante estos últimos momentos tuvo Pedro una extraña visión, una alucinación. Al contemplar la frente de marfil del Santo Padre, mientras que se acordaba de su avanzada edad y se decía que el menor constipado podía llevarsele, vino á las mientes otro recuerdo, por extraña aproximación, de una escena de rúbrica y de extraña grandeza. Pío IX, Giovanni Mastai, hacía dos horas que había muerto, tenía el rostro cubierto con un lienzo blanco y le rodeaba la familia pontificia trastornada; poco después se acercó al lecho mortuario el cardenal Pecci, que era el camarlengo, y mandando apartar el sudario, golpeó tres veces seguidas sobre la frente del muerto con un martillo de plata, gritando cada vez: «¡Giovanni! ¡Giovanni! ¡Giovanni!» y como el cadáver no respondiese, el camarlengo, después de esperar unos cuantos segundos, se volvió y dijo: «El papa ha muerto!»

Al mismo tiempo vió Pedro elevarse allá abajo, en la vía Julia al cardenal Boccanera, al cardenal camarlengo que esperaba con el martillo de plata, y se imaginó á León XIII, Joaquín Pecci, muerto hacía dos horas, con el rostro cubierto con el blanco sudario, rodeado de sus prelados y en aquella misma habitación, y veía al camarlengo que se acercaba, mandaba separar el sudario, golpeaba tres veces sobre la frente de marfil, repitiendo el llamamiento: «¡Joaquín! ¡Joaquín! ¡Joaquín!» y después, como el cadáver no respondiese, pasados unos minutos, decía: «¡El papa ha muerto!» «Se acordaba León XIII de los tres golpes que había dado en la frente de Pío IX, y sentía á su vez el helado temor de los tres golpes, el frío mortal del martillo con que había armado al camarlengo,

al implacable adversario, pues sabía que lo era suyo el cardenal Boccanera?

—Id en paz, hijo mío,—dijo al fin Su Santidad, como bendición postrera.—Vuestra falta os será perdonada, puesto que la confesasteis y dais pruebas del horror que os inspira.

Pedro, sin responder y con el alma llena de angustia, aceptando la humillación como castigo merecido de su quimera, se retiró sin volver la espalda como exige la etiqueta en uso. Se inclinó profundamente tres veces seguidas y salió por la puerta, sin volverse, seguido por la mirada fija de los ojos negros de León XIII que no se apartó de él ni un momento. Vióle, sin embargo, coger de encima de la mesa el periódico, cuya lectura había interrumpido para recibirle, pues conservaba la afición á la prensa, una gran curiosidad muy grande hacia las noticias, por más que, con mucha frecuencia, se equivocase acerca de la importancia de los artículos, y en el fondo de su aislamiento les atribuía, á veces, bajo ciertos puntos de vista, una gravedad que en el fondo no tenían. Las dos lámparas ardían con una claridad suave é inmóvil, y la habitación recobró su silencio infinito y profundo.

En medio de la antesala secreta halló al señor Squadra, que en pie, inmóvil y negro, le estaba esperando. Y al observar que Pedro, emocionado con su aturdimiento, pasaba de largo, dejándose el sombrero sobre la consola en que lo habían colocado, lo cogió discretamente y se lo ofreció con muda reverencia. Después, sin prisa alguna, al mismo paso que á la llegada, echó á andar delante de él para acompañarle hasta la sala Clementina.

Verificóse entonces, pero en sentido inverso, el mismo inmenso paseo, el desfile sin fin á través de interminables salas. Y como la vez anterior, ni un alma, ni un ruido, ni un aliento. En todas las vacías habitaciones ardía la única lámpara, solitaria y como olvidada, carbonizándose la mecha, ardiendo con una luz más pálida en el más profundo silencio. Parecía como que se había aumentado el desierto á medida que avanzaba la noche, inundando de sombra los pocos muebles, esparcidos bajo los elevados artesonados, los tronos, los escabeles de madera, las consolas, los crucifijos y los candelabros que se repetían en

cada nueva sala. Y así pasaron, después de la sala de la antecámara de honor cuyo damasco enrojecía, las demás, la sala de los guardias nobles dormida con un ligero olor á incienso que había dejado una misa dicha allí por la mañana; la sala de los tapices, la sala de la guardia palatina, la de los gendarmes y en la de los *busolanti*, que seguía, el último criado de servicio, sentado en una banqueta se había entregado á un sueño tan bueno, tan profundo, que ni siquiera despertó. Los pasos resonaban débilmente sobre el enlosado, ahogados en el pesado silencio de aquel cerrado palacio, murado por todas partes como si fuese una tumba é invadido á aquella hora tardía por un vacío que lo sumergía. Y por último llegaron á la sala Clementina que los guardias acababan de abandonar.

Hasta que llegó á esta sala no volvió el señor Squadra la cabeza. Siempre mudo y sin hacer un gesto, se apartó á un lado para dejar pasar á Pedro, al que saludó con una postrera reverencia, y por último desapareció.

Y Pedro bajó los dos peldaños de la monumental escalera que los globos de cristal raspado de los mecheros de gas iluminaban con luz de lamparilla, con un abrumamiento muy grande de silencio desde el momento en que habían dejado de resonar en los descansillos los pasos de los guardias suizos que estaban de centinela. Atravesó el patio de San Dámaso, vacío y muerto, bajo la pálida claridad de la escalinata, bajó por la escalera Pía, la otra escalera gigante, tan vacía y tan muerta con su media obscuridad, y franqueó por fin los umbrales de la puerta de bronce que tras él empujó un portero é hizo cerrarse lentamente.

Y qué crujido, qué grito feroz del duro metal sobre todo lo que esta puerta cerraba tras sí, tantas tinieblas amontonadas, tanto silencio aumentado, los siglos inmóviles perpetuados por la tradición, los ídolos indestructibles de los dogmas conservados, bajo sus vendas de momias, todas las cadenas que pesan y que atan, todo el aparato de estrecha servidumbre, de dominación soberana, todos los ecos de las salas negras y desiertas que repercutieron el formidable estrépito.

En la plaza de San Pedro, y en medio de aquella sombra inmensidad, se encontró solo; ni un solo transeunte,

ni un solo paseante que se hubiese retrasado algo. Surgiendo del vasto mosaico del menudo pavimento gris, no se veía nada más que la elevada aparición del obelisco, pálido entre los cuatro candelabros. La fachada de la basílica se evocaba también con una palidez de ensueño, alargándose, pareciéndose á dos brazos enormes, las cuadruples hileras de los pilares de la columnata, envueltos en sombra lo mismo que árboles de piedra. Y nada más; la cúpula no era más que una redondez desmesurada, adivinada apenas bajo un cielo sin luna, y únicamente los temblorosos chorros de agua de los surtidores de las fuentes, que al cabo se descubrían como temblorosos fantasmas movibles, eran los que ponían allí algo de rumor, una voz, un murmullo sin fin de triste queja, venido no se sabe de dónde en medio de las tinieblas. ¡Ah! ¡Qué melancólica grandeza la de ese ensueño, toda esa plaza famosa con el Vaticano, con San Pedro, vistos por la noche envueltos en la sombra y en el silencio! De repente, el reloj dió las diez, con unas campanadas tan lentas, tan sonoras, que jamás resonaron horas más solemnes, más definitivas, ni cayeron en un infinito más negro é insondable!

Inmóvil Pedro, en medio de aquella extensión sombría, sintió estremecerse todo su pobre quebrantado sér. ¡Eh! No había hablado allá arriba apenas más que unos tres cuartos de hora con el blanco anciano que acababa de arrancarle toda su alma. Sí, era el arrancamiento final, la última creencia descujada de su cerebro y de su corazón ensangrentados; la experiencia suprema estaba hecha; había derrumbado en él todo un mundo. De pronto, se acordó de monseñor Nani, reflexionando y diciéndose que éste era el único que tenía razón. Todos le habían dicho que concluiría haciendo lo que quisiese monseñor Nani, y á la sazón dominábale un estupor muy grande al haberlo hecho.

Apoderóse de él una brusca desesperación, una angustia tan atroz, que desde el fondo de las tinieblas en que se hallaba, levantó los dos brazos temblorosos al vacío y exclamó en alta voz:

—¡No! ¡No! ¡No estáis ahí, oh, Dios de vida y de amor, oh, Dios de salvación! ¡Venid, pues, apareced, porque